



## El segador de la Juana

*I 62a*

El emperador de Roma  
tiene una hija bastarda.

Cuatro duques la pretenden  
y a todos los desechaba.

Y un día de gran calor  
se asomó a una ventana.

Y andando tres segadores  
segando trigo y cebada

se enamoró la señora  
de aquel que en medio andaba;

la hoz traía de oro,  
la empuñadura de plata.

Luego lo mandó llamar  
por uno de sus criadas.

“Oiga usted, buen segador,  
que mi señora lo llama.”

“Ni conozco a su señora  
ni tampoco a quien me llama.”

“Yo me llamo Tereseita,  
mi señora Doña Juana.”

“Oiga usted, buen segador,  
¿quiere segar mi senara?”

“Su senara, señora,  
¿en qué tierra está sembrada?”

“No está en alto ni está en bajo  
ni tampoco en tierra llana,

está en un valle muy oscuro  
debajo de mis enaguas.”



“Esa senara, señora,  
para mi no fue sembrada.”

“Siéguela, buen segador,  
si usted se atreve a segarla.”

“Diga usted, buena señora,  
¿a qué hora ha de empezarla?”

“A las doce de la noche,  
cuando la luna alumbrara.”

Luego mandó hacer la cama  
por una de sus criadas.

Le ponen siete colchones,  
docena y media de almohadas.

Eso de la medianoche  
la señora despertaba:

“Oiga usted, buen segador,  
¿qué tal va con mi senara?”

“Doce gavillas van hechas  
para trece una me falta.”

“Maldito sea el segador  
que a las trece no llegara.”

“Maldita sea la señora  
que a las doce no se harta.”

“Toma estos cien doblones  
y este pañuelo de Holanda,

no digan tus compañeros  
que no te salió bien paga.”

Al otro día a la mañana  
las campanas repicaban.

“¿Quién se ha muerto, quién se ha muerto?”  
“El segador de Doña Juana.”